

LAS «CARTAS» DE SAN PÍO X

P. Cornelio Fabro

Traducido¹ por P. Gonzalo Gelonch Villarino, I.V.E.

Los hombres de acción raramente confían a la pluma los movimientos íntimos del propio espíritu, ya sea porque el peso de las propias tareas los transporta en el juego siempre móvil de la situación, ya sea porque no está en ellos mismos que éstos conduzcan al diálogo de la vida, pero sí con el mundo, con el obstáculo, con la meta que se proponen. Cuando por el contrario la acción irrumpe desde un altísimo ideal de bien, no puede no surgir el impulso al recogimiento y a la confianza de la amistad que encuentran en el trato epistolar la expresión puntual de su propia instancia: como un descanso benéfico en la tensión de la acción y también como espejo veraz del propio encargo en el límite de las propias fuerzas y en la confrontación sin fingimientos con la medida del propio ideal. Y entonces no son tantas las cartas que nos quedan, fragmentarias y ocasionales que nos dan el sello auténtico de esta personalidad, pero es la cualidad de sus misiones y la intensidad del empeño que constituye la trama continua y la surgente de las fuerzas que éstas han lanzado en la acción: son estas las referencias que pueden dar alguna continuidad y la efectiva consistencia a aquellos fragmentos o efusiones ocasionales. La carta, si bien puede ser el fragmento más gustoso en el estudio de una personalidad, tiene el peligro a menudo de ser lo más ambiguo y dispersivo, sino está dominada por el principio inspirador de la personalidad del escritor.

Pero Pío X no quiso ser un escritor y bromeaba gustoso a cerca de aquello que él llamaba la propia negación de la poesía: él fue típicamente una fortísima personalidad de acción que tal vez todavía espera ser clarificada y apreciada como conviene un «curriculum» eclesiástico, que es tal vez la personalidad más completa para las tareas asumidas, más aun que para la altísima dignidad alcanzada mediante la prueba humana más humilde y densa de vivas experiencias y arduas batallas: antes y más todavía que para la ascensión gradual que la Providencia le iba preparando

¹ El presente texto es traducción del artículo: C. Fabro, «Le “Lettere” di S. Pio X», año 1952, en *Momenti dello Spirito*, vol. I, Asis 1982, 295-312.

con precisa puntualidad. Pero Giuseppe Sarto, educado en las asperezas y en las bellezas espirituales de la pobreza, se mantuvo siempre sencillo para sí y para los otros, pronto para advertir en torno a sí mismo las oscilaciones de la relaciones humanas para juzgar con seguro criterio y para apreciar la obra ajena con el desapego y la íntima participación, al mismo tiempo, de quien no se escandaliza del mal porque sabe que se debe siempre y en cualquier lugar confiar en el bien. Esta primera colección de sus cartas², que ahora se nos ofrece con raro esplendor editorial y con la feliz guía de preciosas indicaciones históricas y biográficas, abre una nueva ventana sobre el tercer cielo de la gran Alma del Santo Pontífice: no son muchas todavía, por desgracia, estas cartas y pocos en conjunto los destinatarios, si se tiene en cuenta la abundancia de su obra y la multiplicidad de encuentros que ella debe haber suscitado. Incluso también como son estas cartas del papa Sarto, son a menudo un documento delicioso y a veces indispensable para colocar su persona en la realidad concreta de la historia de la Iglesia en este último siglo.

La colección abraza la vida entera y las cartas se dividen precisamente según las etapas principales del primer ingreso del jovencito quinceañero en el seminario de Padua, a lo variados encargos y oficios de su vida sacerdotal, párroco, Canciller de la Curia, Obispo, Cardenal y Papa. Estas cartas se deben leer del modo en que son, sin propósitos literarios y diplomáticos, pero se deben leer con atención si se quiere sentir el eco profundo del alma que las dictaba. Y se puede observar inmediatamente, aunque pudiese parecer desconcertante, que salga del Epistolario de San Pío X., un propósito delicadamente espiritual, ascético o místico, como se quiera decir: las cartas tratan problemas urgentes de vida, casa y trabajos concretos, son «cartas de trabajo» (p. VIII) y esto confirma la característica del hombre de acción de la cual hablábamos. Pero aunque el epistolario no nos suministra, por cuanto he podido ver, sino un solo ejemplo de aquello que se llama en sentido estricto dirección espiritual, es a menudo el documento parlante de una vida espiritual en acto que tiene sus principios bien sólidos y claros, los cuales, si se entreven solo indirectamente, resultan por esto mucho más persuasivos en la inmediatez de una confidencia o en la urgencia de una responsabilidad.

² San Pío X, *Lettere*, Recogidas por Nello Vian, Angelo Berladetti Editor, Roma 1954.

A veces breves recortes, raramente cartas elaboradas; pero siempre claras, sin ornamentos superfluos...: las únicas que, si se puede decir así, usan la retórica son las primerísimas epístolas del joven seminarista a su primo homónimo D. Giuseppe Sarto y a su capellán de Riese D. Pietro Jacuzzi que son los principales destinatarios de este período. Si un día él hubiese releído aquellas frases un poco hechas de modo pragmático, hubiese sido el primero en sonreír: de todos modos se debe admitir que cuando el jovencito escribe, buscando la palabra sobre la punta de la pluma, quiere siempre dar lo mejor de sí mismo. Un pequeño ensayo para informar su ingreso al seminario:... «le escribo pocas líneas dándole a conocer que en el día 13 de noviembre he entrado en el seminario y hasta este momento me encuentro bien». Y al final: «espero (!) que Ud. goce de perfecta salud...» (carta 1). La expresión “hasta este momento” es ampliada... «con todos mis compañeros, los superiores y especialmente con el Profesor (que es D. Evangelista De Piero, di Monselice) el cual es buenísimo» (carta 2). En la segunda carta al primo que está próximo a la ordenación sacerdotal, mientras le informa del éxito de sus exámenes semestrales que habían sido «bastante bueno» (en realidad el éxito había sido – como lo será durante todo el currículum hasta el sacerdocio – óptimo, con la calificación: *disciplinae nemini secundus, ingenii maximi, memoriae summae, spei maximae*)³ le asegura que su estado procede «de bien en mejor», prometiendo «que seguidamente serán más frecuentes mis débiles escritos» (carta 3). La más conmovida y sostenida de todas es la carta a su primo en ocasión de la muerte de su madre y en la inminencia de la ordenación sacerdotal: «y antes que nada, quiero que Ud. crea, que apenas me enteré de la muerte de su querida madre, su imagen me giraba en la mente, y conmigo mismo pensaba en imaginar cualquier cosa, en donde encontrar un poco de descanso a sus lágrimas y a su afano pero no me lo permitió el ánimo afligido. Ahora, por lo tanto, habiéndome sido presentada una ocasión tan bella, quiero que a Ud. vuelen alegres mis palabras, donde Ud. sea consolado, y le sean testimonio de la dulce memoria, que yo conservo y conservaré para siempre de Ud. amadísimo entre mis parientes. Ascendiendo Ud. dentro de poco al altar del Altísimo, y observando a sus queridos parientes que lo

³ Sobre el «currículum» del seminarista Sarto, v. ahora: D. Ireneo Daniele, La formazione di San Pío X nel Seminario di Padova, en «Studia Patavina», I, 2 (1954), 286 ss.

DIALOGO

circundan, no empalidezca, si entre ellos no ve a su querida madre sino más bien se consuele, en aquello que ella recibirá estando en el paraíso sus oraciones, y presentándolas unidas a las suyas en el trono del Supremo Dador de Todo Bien, más fácilmente serán escuchadas. En garantía de mi reconocimiento y afecto, le expido este epigrama, y le ruego que lo dignifique al menos con una mirada, si bien sea poca cosa y no digna de Ud., siendo salida de mi débil intelecto» (carta 5). ¡Es un pecado que el texto de este epígrafe no nos ha llegado!

Gustosa, y primer testimonio de aquella franqueza de ánimo que será la característica de toda su vida, es la carta del 27 de junio de 1853 a D. Jacuzzi: «este genial, devoto y fuerte friulano» como lo llama el editor, el Dr. N. Vian donde se informa el neo-vicario parroquial del pueblo natal de una chiquilina del seminario que a un siglo de distancia no está privada de una amable simplicidad que nos revela claramente, aunque no sea expresamente, la opinión meritoria del que escribe: «el domingo pasado, el 19 del corriente mes, mientras todos estábamos a la cena en el refectorio un potente silbido fue dirigido al segundo vice-rector que era para él un bello presente. Se puede imaginar ahora los efectos, que sola experimenta el grupo al cual yo mismo pertenezco, así como el primero en realizar tal acción. En tanto los Prefectos, que no quisieron señalar ningún culpable, fueron al instante quitados de su oficio y alguno incluso castigado; y dos jóvenes que de un tercero, dignísima persona, que se tomó la molestia de ir a contar todo a los superiores, poco faltó para que no sean echados del seminario: de modo que ese tan gran castigo les fue cambiado, habiendo sido atendidas las súplicas de los mismos arrepentidos. Muchos fueron castigados con un día de celda con la debida disciplina, y las repercusiones todavía no terminan. Con estos motines también los inocentes —entre los cuales, gracias al cielo, puedo contarme yo mismo—, sufrieron alguna consecuencia; pues hubo mayor rigor en la disciplina y el resto que se pueda imaginar. Basta, es necesario paciencia» (Carta 9).

La festividad del ánimo marcado y optimista no lo abandona, ni siquiera en medio del verano, cuando a mitad de julio del mismo año 1853, escribe a D. Pietro: «El 9 del próximo mes será el último día del año escolástico, y en el mismo día dejaremos todos el seminario; pero es necesario antes, y aquí está lo duro, sufrir también con rigor los exámenes finales. Por todos lados oprimido por el calor, atormentado por los

mosquitos, —causas estas que producen cansancio, enemigo acérrimo del estudio, al cual debo ahora aplicarme principalmente—, también la paso bastante bien, muy confortado por la esperanza, de que pronto habré terminado y podré reencontrarlo a usted, y gozar de su querida y grata compañía. No me alargo más; le ruego que salude a mi madre, mis saludos a mis amigos; mientras yo —deseándole cuanto usted desea de consolación— lo abrazo de corazón y me digo siempre fiel» (Carta 10). Desgraciadamente la compañía estiva de D. Pietro debía terminar aquel año, con su transferencia a Varcon; y fue mandado para sustituirlo en Riese un tal D. Pietro Marmio, que parece de índole y de costumbres muy diversas a su predecesor, también para el sentir del pueblo. De aquí el malestar que el joven seminarista expresa a D. Jacuzzi sin reticencias, augurándose poder volver pronto al seminario: «Es cosa amarga, dice el poeta, el recordar el tiempo feliz en la miseria; y además leyendo días atrás su gentil y grata carta, probé en mí mismo un no sé qué de complacencia en el recordar los días bellos, que en su compañía, he pasado. Ahora todo se ha desvanecido. ¿Qué sentido tendrán estos días si falta el objeto principal? El canto poco me alegra, porque está lejos aquel querido director y compañero, que era para mí el primer apoyo; la casa canónica además se transformó en lugar de soledad, y aquellos que la habitan, antes que consagrar algunas horas a la amistad, gozan más bien de hacer cada día sus paseos y, por lo tanto, casi siempre estoy en casa segregado de todos. Alguna vez voy a visitar alguna familia amiga, pero en todos lados se requiere precaución, porque cuando se ve al abad, no se hace otra cosa que pronunciar discursos sobre este bendito arcipreste, que ha decir verdad, es una cosa singular. ¿Nota, D. Pietro, el buen otoño que me tocará pasar? Yo estoy esperando el momento de volver al seminario para pasar con mis pocos libros, en la paz de mi habitación, días más tranquilos que estos...» (Carta 11). Recién ahora el joven seminarista ha madurado su formación y se interesa con empeño directo por mejorar la situación espiritual de su pueblo natal; el confidente es siempre D. Pietro, anterior capellán en Cusignano: «Terminados ayer los Santos Ejercicios, y ordenadas todas mis cosas después de 15 días desde que estoy en el seminario, antes de meterme en otras ocupaciones, quiero cumplir una obligación y un deber. Usted, bueno como es, habrá sabido perdonar nuestra falta de palabras, con lo cual, después de tantas promesas, finalmente lo hemos decepcionado; semejantes somos en esto a aquellos hombres que pintaba el poeta en aquel lema *parturiunt montes*

DIALOGO

nascitur ridiculus mus. Pero, ha decir verdad, daba la impresión que todas las calamidades se hubiesen conjurado contra los bellos proyectos que habíamos hecho con Antonio; algunas veces él estaba impedido, otras veces, en todo Riese no se podía encontrar un caballo; y en tanto lo encontramos, venía a Tony un dolor tan grande de cabeza que no sabía más donde estuviese. Aquel día en que vuestra gentileza me había ofrecido el medio de transporte junto al queridísimo hermano suyo Leonardo, yo me había metido, y todo para no molestar al arcipreste, en una comisión para un nuevo Capellán, el cual pedían los parroquianos en tan apretadas circunstancias. No obtuvieron todavía nada, y creo que nada obtendrán ni siquiera en el futuro, porque goza de poca persuasión el así llamado *Prelado* delante de M. R. Farina, y de los otros de la Curia; pero, en tanto, ¿Quién lo quita del medio? Las ovejas enfermas, como decía el famoso Dal Mistro. Por lo tanto, todas las calamidades se han conjurado en nuestra contra. Esperamos, por lo demás, que aquello que en este año no hemos hecho, lo podremos hacer el año que viene, como para no ser *estafados por el tiempo*, como se dice, de modo tal que al final nos admiremos del principio de los trabajos, y gozaremos de su amada compañía» (Carta 13). Es significativo el agregado que sigue a la «nueva disciplina» y la complacencia por haber sido exonerado por los superiores: «Aquí en este seminario he pasado seis buenos años, por lo demás, este año, no obstante la nueva disciplina introducida, espero pasarlo mejor que los anteriores. Los buenos superiores, apoyando mis instancias, después de cuatro años en los que hacía de prefecto, me han dado un poco de quietud, por eso *pede libero*, sin los embrollos, gozo ahora de todos los privilegios: Me han asignado una habitación separada del resto, donde no se siente otra cosa que la campana y el reloj; *¿Quid Melius?* Además, no iré ha pasear más con aquellas largas filas, que dan melancolía a quien las ve, y más todavía a quien forma parte de ellas, sino que estaré con un buen amigo mío, compañero de escuela: en definitiva, no podría desear nada mejor. Con tanta quietud, puedo atender a mis incumbencias y, por lo tanto, espero también tener algo de tiempo para responder, con cartas, a los deseos de los buenos amigos. Puede ver usted, de esto, cómo estoy de contento. Así dentro de poco comenzaré a prepararme para cuando sea capellán, para que no se me transforme aburrida la vida de la soledad y del estudio. Aquí, además, los superiores me llaman «el jubilado», y tienen toda la razón; por eso, si me diesen todavía algún

pequeño encargo, lo aceptaré gustoso por corresponder a tanta bondad suya...)» (Carta 13).

Nada de especial ofrecen las dos cartas a D. Jacuzzi y a su primo homónimo, que preceden inmediatamente las ordenaciones a las órdenes mayores (Cartas 14 – 15), sino sólo su habitual y sólido realismo: Al primo le pide pagar la tasa de la curia por la dispensa de la edad... «Porque, usted ya conoce mis circunstancias. Yo, sin haber hecho voto de pobreza, me encuentro sin una moneda» (Carta 15). Es inútil observar que este tema de la pobreza, de sus preocupaciones financieras, recorre a menudo sus cartas: Al dinámico capellán de Tómbolo y al arcipreste de Salzano les esfumaba de las manos lo poco que le competía, y, además, tomaba mucho en préstamo para las múltiples iniciativas de bien a favor de sus fieles, tanto que los salzaneces, cuando fue promovido canciller de la curia de Treviso, por boca de un lugareño, lo describieron benignamente: *vino con la ropa pobre, y se fue sin camisa*. (p. 54).

Habiéndose lanzado ahora más que nunca en la alta vida eclesiástica, la correspondencia se hace más empeñada y escueta en la frase; esto manifiesta la madurez de hombre al mismo tiempo que su habilidad y un conocimiento muy experto de la psicología individual. Habiendo sido solicitado por su primo homónimo de ocuparse de la restitución de un préstamo hecho a un cierto D. Giovanni Rossi, arcipreste de Treviso, la empresa no se presentaba nada fácil y el pobre mediador se encuentra «entre la espada y la pared»: «...He visto al arcipreste Rossi; pero es necesario que sepa usted que, hace cerca de un mes, habiendo debido ir a su casa por un cierto litigio, me salió al encuentro con una queja sobre sus circunstancias, sobre la dura imposibilidad de cumplir satisfactoriamente sus empeños; y entonces la segunda entrevista hecha en seguida por causa de vuestras recomendaciones he debido estudiarla en cuanto al modo de volver nuevamente a la carga. Le he dicho de la carta que usted me ha escrito, de vuestra necesidad de que le sea devuelto cuanto le había prestado, de vuestra circunstancia, y, de buena manera, he buscado de persuadirlo de saldar la deuda. El empezó de nuevo con las quejas y a tirarme en la cara la larga lista de sus deudas; pero finalmente concluyó que hará de todo para extinguir su deuda; yo quería que me señalase un tiempo y breve; pero no he podido conseguir más que esta palabra: que dentro de pocos días nos veremos y podrá entonces darme una respuesta definitiva. Después de todo esto, querido primo, es

necesario que yo le diga que el párroco Rossi está en un mar de deudas y seríamos muy buenos si pudiésemos permitirle que pague un poco a la vez. De todos modos en seguida le escribiré más en detalle. En vuestra carta me dice que hace tiempo que no escribo, y no me maravillo, porque algunas veces la memoria me falla, y otras veces, aunque tenga buena voluntad, me faltaron los medios para poder cumplir con una buena imagen, con todos y especialmente con usted, con quien me acuso de haber faltado a las promesas dadas más de una vez y confieso mi culpa. Si aquellas palabras de vuestra carta se refieren al pasado, entonces debo gritar *MEA CULPA*, *mea máxima culpa*, e implorar una indulgencia plenaria. Si se refiriesen, en cambio, a un tiempo corto, hágame el placer de escribirme una línea para que pueda poner remedio y hacer, como es justo, la necesaria penitencia. No crea que le digo esto porque quiera rehacerme o porque este ofendido por la palabra que ha escrito usted, sino justamente para remediar, si es aún tiempo, mi falta...» (Carta 41). Pero el Reverendo primo parece que no quedó muy satisfecho, pues el monseñor Canciller primo retoma la pluma para calmar la tormenta: «...He leído vuestra carta, y tiene usted no una, sino mil razones para decirme y repetirme que soy no solamente un *faltador de palabra*, sino un buen bufón. Pero que cosa quiere; con semejante la agitación desordenada de miles de preocupaciones me he olvidado de la promesa hecha; de todos modos, también esto es un mal al que se puede aplicar un remedio...» (Carta 42).

Durante su permanencia en Treviso le es encargado representar junto a Mons. Saccol y otros, el Capítulo de aquella catedral para las celebraciones de Roma para el 50º aniversario del episcopado de Pío IX⁴. Las cartas que lo relatan tienen el habitual carácter de inmediatez; donde se ve que el humilde pero fuerte ánimo del prelado provincial sabe advertir la incomparable grandeza de la Ciudad santa: «Aquí los forasteros son muy respetados, y basta poner un pie en esta bendita ciudad para darse cuenta que es la ciudad de los papas. Se cuentan *mirabilia* de los dones presentados al Santo Padre; y tanto en los forasteros como en los ciudadanos, a la quietud religiosísima se une el santo entusiasmo. Tengo solo un temor: el temor de no poder ver al Santo Padre, ya que fue suspendido el recibimiento del día 4, y temo mucho que el domingo con

⁴ En esta primera visita a Roma, ver N. Vian, *Primo incontro con Roma di Giuseppe Sarto*, in «La strenna dei romanisti», XV (1945).

tanta gente sea difícil poderlo ver...» (Carta 45). Todo tomado por las celebraciones y por la legítima curiosidad de ver los monumentos sacros de Roma, escribe con un estilo rápido y siempre pronto a subrayar los aspectos contrastantes y un poco cómicos de la situación; como en la segunda carta enviada a Mons. Mander de Treviso, su secretario: «La fiesta de ayer fue magnífica y tanto más bella por el contraste. La reunión del sábado por la tarde, en preparación para la peregrinación, fue estupenda; discurso del presidente del círculo de la juventud católica; bellísimo el de un obispo de Etruria; de no poderse imaginar el de Mons. Parrochi. Su Em. el cardenal Davano, dando el discurso de San Pietro in Vincoli, el sábado por la tarde, se desvaneció y fue sacado del pulpito por cuatro musculosos sacerdotes. He visitado los monumentos santos de Roma; pero estoy todavía al principio, aunque de todos modos, incansable, no tomaré ni una hora de reposo. Es conmovedor encontrar por todas partes los peregrinos extranjeros, que van a ver las iglesias y rezan tanto como para entusiasmar a los más retraídos y enfervorizar a los más tibios...» (Carta 47).

Pero la carta mas dedicada y llena de profundo acento humano es la tercera al mismo Monseñor que está de vacaciones como secretario del obispo, después de una visita hecha junto a monseñor Vicario a un cierto arcipreste Trevisi que había sido mandado a descansar en un modo demasiado apurado. La bellísima carta se inicia con tono gracioso «*Laus Deo*, y damos inicio a la correspondencia epistolar hecha desde las vacaciones de 1878. Si se tratase de cantar cosas grandes, convendría, con los poetas, ir a pedir al Olimpo, pero debiendo escribir cuatro líneas *tenui vel gravici avena*, nos contentaremos con saludar al protector de la Curia *quocumque se nomine vocet*, y después, como los predicadores, diremos: *Comienzo*» (Carta 52). Sigue un rápido relato del trabajo cotidiano: «Y comienzo *in primis* por pedir perdón por haber dejado pasar el primer día *sine linea*; es fácil, por otro lado, adivinar el motivo: No habría sabido como *salpicar* una hoja. Incluso más, quedamos de acuerdo desde ahora y de una vez para siempre, sea nuestra regla el proverbio: ninguna nueva, buenísima nueva; y, por lo tanto, ninguna carta significará que la *vieja Curia*, indolente como con modos educados, con duros latigazos, según el antiguo uso suyo, con el acostumbrado *tran-tran*, trota y camina. Lo mismo se pensará de los que están lejos. ¿No han llegado noticias? buen signo. Ahora están levantados y respiran el aire balsámico de las colinas. Ahora están en las ventanas contemplando el panorama de las colinas y de

la llanura; dentro de unos instantes recibirán a las visitas; ahora desayunarán; S.E. está pensando pues son las ocho de la mañana, y no ha dicho todavía la hora nona; la señora Elisa lee el calendario, pero no sabe encontrar todavía las antífonas; hora de almuerzo y después un paseíto en carroza...» (Carta 52). Pero no se trata sino de un prólogo para hacer conocer el íntimo sufrimiento del viejo ex arcipreste Trevisi, para que se sepa en lo alto se piense un poco en remediarlo: «*A propos*, cambio el argumento, porque de otro modo no habrían acertado en decir que en la curia se pierde el tiempo, se bromea y las tareas son olvidadas. Ayer por la tarde, con monseñor Vicario, he ido a visitar a Trevisi, que comienza a moverse por sí mismo apoyado en un bastón. Ha celebrado el hecho de vernos, nos atacó con preguntas sobre la salud de S.E., sobre las noticias diocesanas alegres y dolorosas, y se detuvo con cierta complacencia sobre el honor dado a Buenaventura y a la Parroquia en la fiesta, y, a ciertas observaciones, nos comentaba: “Acordaos que todos somos hombres y que tenemos necesidad de recibir una palabra de quien está en lo alto, palabra que nos da gusto y, si estamos atribulados, nos conforta”. Después de esto se hizo silencio por un corto tiempo. Yo le pregunté qué impresión tenía de las observaciones de Trevisi. Desde ese entonces, pensé que después de la renuncia, –día en el que tuvo tantas atenciones de Monseñor Vescovo, por las cuales poco después me escribía para que le agradeciese su tanta bondad, bondad que también ayer le he recordado,– la Curia, contenta de comunicarle el aviso del concurso y después la nómina de nuevo arcipreste, no se ha hecho más la viva con el pobre Trevisi. ¿No sería oportuno, aprovechando su ingreso, (un poco tarde a decir verdad, pero mejor tarde que nunca), que monseñor Vescovo le renovase el *decreto de bono Paroechiarum regimene*, y confirmase sus títulos de arcipreste, de abad y de provicario? Si cree oportuno hablarle a S.E. estoy seguro que Trevisi no se comportaría en el modo de aquellos que tienen gustos exquisitos, y, también por esto, mostraría de hecho su reconocimiento respecto de Monseñor...» (Carta 52). Terminado con el agregado de la caridad, la carta retoma el tono festivo, con el retrato gustoso de dos ancianas, las hermanas de Vescovo metidas en sus interminables oraciones: «Ahora voy adelante para tener noticias de las señoras. Están muy bien. La señora Bettina está escuchando la última misa en la catedral, y la buena señora Elena, me imagino que como es de costumbre, estará rezando. También en su casa están muy bien; esta mañana he saludado a la señora Augusta, que había abierto las

ventanas. Bese por mí la mano a su excelencia...» (Carta 52). A este periodo de cancillería de Treviso pertenece una larga carta a su primo homónimo, el «primo queridísimo», donde se lee primeramente la amarga constatación del vacío y de la amargura que las dignidades humanas esconden para aquellos que las buscan: «En cuanto a mí, tú, más que primo, eres un amigo queridísimo, y por lo tanto a quien te hable, dile bien claro, que me sé suficientemente pequeño como para no aspirar a estos puestos, pero que, si igualmente fuese solicitado, tengo buenos ejemplos para imitar en los Panella, en los Tessarin, pero que no tendría un solo momento para meterme en aquel compromiso, porque cierta experiencia hecha durante quince años en la curia, me hizo conocer las espinas, los peligros, la responsabilidades inherentes a estos puestos, que no son compensadas por la gloriucha mezquina de un pastoral, porque esta desaparece, cuando se piensa en el hecho de S. Felipe: ¿Y después? ¿Y después? y después la muerte...» (Carta 54).

El resto, o sea la mayor parte de la presente colección, se refiere a los siguientes períodos de los altercados que tuvo como obispo de Mantova, patriarca de Venecia y Sumo Pontífice. A los destinatarios ya conocidos se le agregan numerosos nuevos, por necesidad del alto oficio: Son cartas sobre todo de oficio y de gobierno, y, por su concisión son un modelo de gobierno pastoral. Primero de todos viene Mons. Giuseppe Callegari, obispo y después cardenal de Padua, al cual comunica primeramente el apoyo cordial por la elevación al episcopado: «A usted primero que a cualquier otro siento el deber, pero también la necesidad, de manifestar la agitación en la cual se encuentra el pobre animo mío, y espero una palabra de usted que me conforte. Después de quince días de penosa agonía –en los cuales cien veces he pensado en Usted., cien veces habría querido correr a sus brazos, pero me retiene siempre la ilusión de llevarle noticias más alegres– ayer me llegó la confirmación definitiva: el Santo Padre me quiere obispo en Mantova. He pedido, he pedido tanto al Santo Padre para que quisiese dejarme miserable como soy en mi pobreza, pero mis peticiones no fueron escuchadas. Querido Monseñor mío, yo obispo en la diócesis de Mantova, sucesor de aquellos doctos y santos obispos, que son Mons. Rota y Mons. Berengo. Rece al buen Dios por mí, para que ponga un poco de bálsamo en esta llaga y me dé fuerza para llevar la cruz...» (Carta 80). Al mismo obispo de Padua está dirigida también la primera carta desde Roma, del 20 de noviembre de 1884 después de la consagración episcopal, en la cual la conmoción legítima de las circunstancias no apaga el sano realismo

en medio de un mundo de saludos vacíos, sino todos, y siempre insinceros: «Ahora estamos en el momento de las visitas y éstas de todos modos secan, porque es muy difícil encontrar a los que se quieren, mientras hacen perder el tiempo otros que podrían llevar a ningún lado. ¡A que fea condición me he reducido! No puedo decirle todavía cuando dejaré Roma, porque son demasiadas las cosas todavía para comenzar, y además las jornadas son como relámpagos que apenas comenzados ya ser terminaron. Continúe rezando por este pobre gentilhombre, que le ruega dar muchos y muchos saludos a la Madre y a la Tía, y, pues me ha dado tanta confianza, le mando un beso de corazón» (Carta 82). El lamento del «pobre gentilhombre» se repite mas desolado en la siguiente carta del 3 de diciembre y en la correspondencia dirigida al *Confratello* pide un poco de consuelo: «Después de cuatro, días es ya tiempo que me presente ante usted y cumpla el deber de agradecerle por las nuevas pruebas de afecto que se dignó darme. Pero tengo de tal modo rota la cabeza que no sé más cómo rearmarla. Visitas a la mañana, a la tarde, a todas las horas, cartas que llueve desde Mantova, y cartas también curiosas que solicitan estudiadas respuestas; en definitiva, si algún santo no provee, yo no resisto...» (Carta 83).

Ahora se debería seguir, en las cartas, la compleja actividad pastoral del celoso Obispo, cosa que es ahora abandonada a la historia: estas se estudian por partes y a la luz de los hechos, sobre todo las cartas dirigidas a las autoridades eclesiásticas y civiles. Por el contrario, recogeremos algún pequeño punto del epistolario menor. He aquí las condolencias por la muerte de la pequeña Adelaida Re, hija del Conde Re, su procurador en la curia romana. «¡Oh, pobre Peppino y pobre señora! no tengo coraje para hablar: pobre Adelaida, porque este angelito mira a sus seres queridos desde el paraíso, y desde allí pide, para el papá y la mamá, la santa resignación: aquella misma que yo pido con toda mi alma, para que en ésta solamente puedan encontrar un refrigerio. ¡Oh, cómo rápidamente las alegrías santas de la familia se convierten en luto, y los afectos mas dulces, como de alegría inefable, por desgracia son causa de indecible amargura! Tomando parte vivísima en el dolor de todos, hago voto, para que Dios, llene el vacío profundo dejado en vuestro corazón, y, curando la llaga, a todos consuele... » (Carta 89). No olvida la cordialidad simple de los viejos amigos; con Mons. Giovanni Milanese del Seminario de Treviso, se acusa por su rara correspondencia: «no bastan más ni los escrúpulos ni los remordimientos para hacer presente a un hombre. El "no puedo" que tantas veces he dicho, se ha transformado para mí en un

obstáculo real y con toda la buena voluntad no doy abasto para satisfacer a todos y en todo. Pero no quiero que se diga que los he olvidado; por eso esta mañana, antes de que lleguen las visitas, quiero escribirle, al menos una línea, para agradecerle su querida carta que me ha hecho recordar la óptima Condesa Emma, que por la tontera de mi Beppo, que no sabe todavía distinguir el blanco del rojo, no tuve la oportunidad de encontrarla antes de que volviese a Treviso. Espero que ella haya recibido una línea mía y haya dado a usted y a su familia mis disculpas. Usted agregue todo lo que haya faltado y diga también claramente, pues no me ofendo, que es un milagro si no pierdo la cabeza...» (Carta 91).

Su ánimo, igualmente, siempre está despierto, y es fuertemente realista en su juicio sobre los hombres: «Aquí las cosas proceden bien, pero es necesario no dormir nunca, porque todos están demasiado atentos, y por medio que sufra algo en la salud el Obispo, siempre están listos para cualquier oficio, aunque no viniese directamente pedido a nadie, y por lo tanto, no sé si podré siempre mantenerme en pié entre las mil dificultades que encuentro siempre en mi camino. De todos modos vamos siempre hacia adelante y confiamos siempre en la Providencia...» (Carta 91). Hacia el final, una amable astucia: «Diga a Paroneto(Canónico de Treviso), que le agradezco afectuosamente su carta, la cual responderé dentro de poco. A don Francesco, dé tantos agradecimientos por su querida memoria, y dígame que sueño algunas veces que siento su voz: *¡Monseñor! ¿Qué horas?...*» (Carta 91). Es agradable el saludo por la promoción a canónico a «Don Checco» (probablemente don Francesco Zannotto), enviadas a mons. G. Milanese: «Usted haga todo por mí y diga al amigo Don Checco que espero que con las venerables insignias canónicas olvidará ser un joven y asumirá el peso que se le agrega a un canónico, cosa que podrá aprender de aquel en quien está ahora, como señor, el derecho de darla. ¡Pobre Belgio! ¡Y pobre Figliuologia! ¡En medio de esas *manchas*! Suerte que encontrará un refugio en el Colegio de Cantarane, en donde, con sus lagrimas, conmoverá aquellas almas todavía simples de Santa Teresa (Menos una)...» (Carta 99). Y nótese este toque de ironía junto a la experiencia personal..., a Don Agnoletti: «Gozo que se haya cumplido como se debe y con frutos copiosos tu predicación cuaresmal, pero te recomiendo que no hagas demasiadas visitas a aquellas colinas. Yo que tengo buena memoria recuerdo algunos viajes de regreso de aquellos pueblos, en que estaba muy contento, pero no demasiado seguro: Las piernas no querían obedecer a la cabeza, o la cabeza pretendía lo imposible

DIALOGO

de las piernas. *Caute negotiare*; a una distancia de 50 años no se puede confiar demasiado. Perdona si te hago un sermón o si te estoy predicando, pero estamos en tema, se habla de Cuaresmales...» (Carta 153).

Una pequeña obra de arte y de afectuosa solicitud es la carta a Don Olivo Luisetto, secretario de Mons. Callegari, entonces convaleciente por una grave enfermedad, para aconsejarle a este último la observancia rigurosa de las curas médicas: «Apenas recibida la última carta vuestra con noticias mejores sobre el proceso regular de su enfermedad y sobre la vecina, sino tal vez empezada, convalecencia, después de haber agradecido al Señor, me parecía que fuese oportuno para presentar a su Eminencia mis sinceras congratulaciones y de hacerle también una saludable predicación pequeña no ya el modo *ad correctionem* (de hecho inútil) sino *ad precautionem* (*date veniam verbo non satis latino*). Para esto yo ya había preparado una linda hoja de papel y había estado escribiendo lo relativo al tema, pero mientras me surgían *ad hominem* con la terrible *quos ego*, tuve miedo de sentir que se me diga con seño fruncido: ¿desde qué púlpitos estas predicas? y entonces, rota la carta, he preferido escribirle para rogarle a usted que, como buen secretario, en la hora en que encuentre más tranquilo a él, nuestro pobre enfermo, le diga solamente estas palabras: un amigo suyo que lo quiere tanto, interprete también de todo los demás, desea verlo por muchos años sano y próspero, le pide que cumpla escrupulosamente las prescripciones del médico, que se mantenga en absoluto reposo y que tenga todos los posibles recaudos. Procure además presentarle este pedido mío, de modo que, cuando lo haga, no vaya a darme un solemne reto; y bésele por mi afectuosamente la mano... » (Carta 152).

Un espacio a parte para las pocas cartas a los Perosi. La primera al padre, Maestro Giuseppe de Tortona, escrita desde Montova en mayo de 1884, donde, ya siendo Cardenal esperaba ingresar en Venecia para agradecerle el haber animado a su hijo Lorenzo a aceptar el puesto de Primer Maestro en la insigne capilla de S. Marcos: «Convénzase que Lorencito no solo colmará las expectativas de los Venecianos, sino que incluso en poco tiempo será acogido afectuosamente por todos. Si luego el Señor quisiera, cuando esté en Venecia, yo le seré más que padre un amigo afectuoso. En tanto le doy mis más vivas felicitaciones por su buen ahijado, que honra verdaderamente a su familia por la distinguida capacidad de la que ha sido provisto, pero mucho más por las bellas

virtudes que hacen admirable su ingenio». (Carta 155). Y Lorencito, el genio de la música sacra, fue descubierto y sostenido por este Obispo que se había ejercitado, desde clérigo en el seminario y joven sacerdote en las parroquias rurales, en el restablecer y cultivar el canto antiguo de la Iglesia, ahora ya casi olvidado. Otras dos cartas son dirigidas al hermano Don Carlos (muerto después de Cardenal); la primera es la expresión del entusiasmo por el triunfo obtenido con el Oratorio *La transfiguración*, realizado por primera vez en Venecia con ocasión de la Exposición Internacional de Arte en 1898: «He vuelto ahora de la sala donde fue ejecutado el nuevo Oratorio de Don Renzo. La enorme sala repleta y de personas notablemente inteligentes: el éxito esplendido y más allá de la expectativa que era igualmente grande. Don Renzo, fatigado; pero estaba bien, libre ahora de aquellas preocupaciones que lo angustiaban días pasados. El primer Pres. de la corte de Apelación (el ex Ministro Santamaría Nicolini) me decía: ¡Oh esta ha sido una prédica elocuente! Muchos al final quedaron conmovidos...» (Carta 197). La segunda, más empeñosa, encarga al prudente hermano que guíe a Lorenzo para desempeñar el delicado puesto de Director adjunto de la Capilla Sixtina: «he gozado verdaderamente en el Señor cuando D. Lorenzo me escribió desde Roma el haber dejado a Mustafá⁵ la dirección de la Misa para la canonización, porque el sacrificio que le habrá costado aquella carta a S.E. el Mayordomo, no quedará sin premio. Además las cosas habían llegado a tal punto (y yo he podido constatarlo escuchando todas las campanas) que este sacrificio era absolutamente necesario para no exponer a grandes disgustos a quien quiere y ha hecho el bien a Don Lorenzo, y no comprometerse a sí mismo en el infortunio de la ejecución que ya se esperaba. Y para tomar desquite convendrá también que Don Lorenzo esté en silencio y avance despacito, porque sus adversarios son muchos y poderosos, y más alto tendría que haber un pacífico acuerdo entre los dos Directores, cosa absolutamente imposible tratándose de principios; por lo cual convendrá conquistar terreno poco a poco, hasta que también los ciegos abran los ojos y se convenzan de su equivocación. No me sorprende que el Cardenal M. [Mustafá] haya decidido hacer *tabula rasa*, pero del dicho al hecho hay mucho trecho, y también él buen amigo de Don Renzo; pues no siempre bastan los argumentos para poder convencer...» (Carta 209). A Don Lorenzo sólo dos cartas se conservan

⁵ Maestro Director de la Capilla Sixtina al cual poco después sucederá Perosi

DIALOGO

aquí; la primera es de 1885 y es dirigida a Solesmes de donde el joven le había informado del místico entusiasmo experimentado al sentir la ejecución del canto gregoriano por parte de aquellos monjes, y es casi profética de la Reforma del canto gregoriano que luego hará como Papa: «Te estoy verdaderamente agradecido de tu memoria y me alegro en el alma que hayas llegado sano y salvo a la primer etapa de tu viaje. Con el simple anuncio de las Vísperas que he oído cantar por estos venerados monjes, me has hecho crecer el deseo de sentir alabado de semejante modo al Señor, también en Italia: será una cosa larga, mas espero no morir antes de gustarla. En una nota que he leído en los periódicos parecería que el Santo Padre ya hubiese consignado al Card. Prefecto de la Congregación de Ritos, el nuevo Reglamento para la música, que será en breve impreso. Esperemos que todo sea conforme a nuestros deseos» (Carta 159). La segunda (Carta 212) es una tarjeta de felicitaciones por el éxito del Oratorio «La matanza de los inocentes» en la primera ejecución romana de 1900.

★ ★ ★

Habituado a concebir la vida y sus cargos con entrega incondicionada, en todo ponía aquel vigilante sentido de presencia y responsabilidad, sin hacer distinción de cosas grandes y pequeñas. Así, como Cardenal Patriarca, recomendaba a Agustín Vian, padre del diligente corrector del citado volumen, de «advertir a la comisión» de las conferencias, que debiendo publicar nuevos avisos, se recordase de llevar copia a la Cuestura, y se sometieran todas las copias a la tasa del estampillado. Podrá existir alguno que crea que no es necesario, pero tú me harás el favor de decirle que agradezca al Señor si esta vez no ha pagado multa, , y que es para nosotros muy útil que no se procure adversarios...» (Carta 204). Al mismo, que le espreciado colaborador en la actividad social, le manda, ahora elevado al Pontificado, una tarjeta de aliento para consolarlo por un concurso no alcanzado exitosamente: «Pero no te creas vil por esto, que la Providencia te estará reservando algún otro oficio, tal vez mejor pagado y la ocasión no faltará para hacerte de ayuda...» (Carta 255). Siguen los augurios por el eminente onomástico del destinatario: «...En tanto te anticipo las felicitaciones por tu próximo onomástico y te imparto de todo corazón la Bendición Apostólica a ti, a Josefina y a todos tus seres queridos, con el deseo que esta sea fuente para cada uno de las más suaves consolaciones. Pius PP. X» (Carta 255). Este

estilo de humildad en primera persona del singular en el aluvión de los recuerdos de las batallas de un tiempo, debían transformarse en alegría purísima para los afortunados destinatarios. Y basta, para una tenue muestra de las riquezas del volumen.

Dejo el volumen al atento lector. Estas cartas de lectores ameritan muchísimos de éstos, no sólo por su alto valor espiritual e histórico, sino también y especialmente por la atmósfera de profunda y sencilla humildad que por todas partes circunda. Merece, con todo eso, ser reportada por entero una carta -la única encontrada por mí- de dirección espiritual, escrita «A la buena ahijada Emilia Falavigna» en el Monasterio de la Visitación de Verona; aquí está el espíritu íntimo del sacerdote que debía estar en contacto directo con las almas llamadas a la vida de perfección, lleno de ternura y vuelos al Paraíso. La breve carta es mandada desde Mantova el 14 de octubre de 1886: «Fue muy confortante para mí verdaderamente vuestra carta, en la cual me participa, que el Señor se complace en alegrarla en el camino del retiro con sus santas consolaciones, y deseo de todo corazón que el Divino Jesús se muestre siempre con usted hermano y amigo dulcísimo. Pero no se confíe de esta tranquilidad, que esto no impide que algunas veces le prepare algunas mortificaciones; que más bien las almas que le son queridas, este Esposo dulcísimo se goza mucho de visitarlas con sus cruces. Y usted debe prepararse para enfrentar también este camino con mucho coraje, pensando que la entrada del Paraíso no se encuentra siempre entre las dulzuras y las flores, sino entre las espinas y las piedras, que aspirando a formar su corazón a imagen del Corazón Sacratísimo de Jesús, debe usted estar preparada para llevar con Jesús la cruz y para subir con Él al Calvario. Pero esto no la intimide, porque si el Señor quisiere probarla también con estos sacrificios, le dará las gracias necesarias para soportarlos con santo coraje e incluso tendrá por estas gracias un argumento más para confirmarla en el santo propósito al cual ha sido por Él especialmente llamada y predilecta. Dios en tanto la bendiga. Procuremos de ayudarnos mutuamente con las oraciones y abandonándome al corazón sacratísimo de Jesús deseo confirmarme...» (Carta 102).

Pocas son las cartas que han permanecido o que han sido halladas hasta ahora, del período del Pontificado, y son todas importantes por la gravedad de tan altísimo ministerio: pero hay también expresiones tenues y afectuosas de las antiguas relaciones personales que irradian en la figura

del Santo Pontífice los reflejos de la más amable paternidad. Como muestra de altitud de sus pensamientos y del ímpetu de su fe, basta esta página de la única carta al Card. Cavallari, su sucesor en Venecia, con ocasión de un campanario reconstruido: «...Dios, como se lee en las divinas escrituras, dentro y fuera de nosotros nos habla de Él, de su Bondad y de su Beneficencia, y nos habla con miles y miles de voces que potentemente nos llaman al deber de la gratitud y del amor. Pero a todas estas voces la Religión Católica ha agregado una más que prepara y allana en nuestro corazón los caminos del Señor; y es la voz de los sagrados bronce, los cuales por esto puntualmente, vienen pulidos, consagrados y perfumados por el incienso, porque, investidos de un alto ministerio, son propagadores de la voz de Dios y de Él nos hablan en todas las circunstancias de la vida. De la primera infusión de la gracia en el niño hasta el día en que nos advierten que de su templo Dios mismo se digna visitar y confortar a la creatura que está por dormirse en su seno; en el rápido sucederse de los eventos alegres y dolorosos, las sagradas campanas dan a cada hora el signo para la oración, todas las mañanas el signo del Sacrificio, y con mayor júbilo todas las semanas anuncian el día del Señor, hasta el día en el cual con sonido lúgubre, inviten a los fieles a rezar y a esperar que el alma cristiana sobre alas de ángeles sea transportada al Paraíso. Quiera Dios que esta voz sea siempre escuchada con verdadero fruto por los buenos, y llame al camino del Señor también a los hijos que lo han despechado, porque los sorprende en su maldad y los invita no obstante al arrepentimiento...» (Carta 291).

Así, este epistolario, aunque nos haya llegado con fragmentos reducidos, nos da un nuevo retrato del Hombre, que también aquí, como en las etapas de su vida, a sabido unir la altura de sus pensamientos y propósitos con la simplicidad de los gestos y de las frases: porque él quería que sus destinatarios lo vieran siempre con aquel semblante y con aquel propósito que una vez habían visto en él, para aquella misión espiritual que había creado una amistad o había estimulado una intervención de paterno o fraterno interés y de celo apostólico. Alta prudencia, una firmeza intrépida, un celo incansable conjuntas con la simplicidad de los gestos el humilde sentir de sí, que lo lleva a la más incondicionada entrega a la Iglesia y a las almas, hacen de estas cartas un documento de raro valor en el Cristianismo contemporáneo, y forman un exquisito oasis espiritual para volver a oír el eco más genuino de las cosas eternas.